RYAN, C. (2024). *The Longest Day* [*El día más largo*]. Barcelona: Editorial Crítica.

La espera

Tras su aire pastoril, La Roche-Guyon ocultaba una verdadera prisión; por cada uno de sus 543 vecinos había más de tres soldados alemanes. Uno de estos Hombres era el mariscal de campo Erwin Rommel, comandante jefe del Grupo de Ejércitos B.

Bajo su mando, más de medio millón de hombres. Su principal fuerza, el 15º Ejército, estaba concentrado alrededor del Paso de Calais. En cambio, el 7º Ejército ocupaba la zona de Normandia (p. 16).

Día y noche miles de bombarderos aliados machacaban Alemania; los rusos habían penetrado en Polonia; tropas aliadas estaban a las puertas de Roma; en todos los frentes, los grandes ejércitos de la Wehrmacht retrocedían, diezmados. La derrota de Alemania todavía estaba lejos, pero la invasión aliada estaba destinada a ser la batalla decisiva.

Gerd von Rundstedt era el comandante en jefe del frente occidental (p. 18).

Rommel, al igual que Hitler y el Alto Mando alemán, consideraba que la invasión se realizaría de manera simultánea a la ofensiva de verano del Ejército Rojo, o poco después. Sabían que el ataque ruso no podía comenzar antes del último deshielo en Polonia y, por ello, no creían que estuviese organizada la ofensiva hasta la segunda mitad de junio (p. 22).

Poco después de su llegada, Rommel llevó a cabo una fugaz visita de inspección a la Muralla Atlántica, y lo que vio le defraudó. Las fortificaciones de hormigón y acero sólo estaban terminadas en apenas algunas zonas de la costa: los principales puertos, las desembocaduras de los ríos y los miradores de los desfiladeros, desde encima de El Havre hasta los Países Bajos. Basándose en su criterio, la muralla atlántica era una farsa (p. 23).

Después del colapso de Francia (1940), Inglaterra se había quedado sola. ¿Qué necesidad de construir una rococó la «muralla» tenía Hitler?

En el otoño de 1941, comenzó a manifestar sus generales la idea de hacer de Europa una «inexpugnable fortaleza». Y en diciembre, después de la entrada de Estados Unidos en la guerra, alardeó ante el mundo de que «un cinturón de puntos fuertes y gigantescas fortificaciones» se extendía desde Kirkenes, en la frontera noruego-finlandesa, hasta los Pirineos, en la franco-española. Era una bravuconada imposible (p. 24).

En 1942, se produjo la incursión más sangrienta de la guerra, cuando 5000 heroicos canadienses desembarcaron en Dieppe. Fue un sangriento avance de la invasión. Los estrategas aliados descubrieron hasta qué punto los alemanes habían fortificado los puertos. Canadienses tuvieron 3.369 bajas, entre ellas 900 muertos. El ataque fue un desastre, pero sobresaltó a Hitler. La muralla atlántica, según ordenó a sus generales, debía terminarse con la máxima celeridad.

También se solicitaron cantidades desorbitadas de acero, pero resultaba tan escaso que los ingenieros servir para construir sin él. Debido a esto, muy pocos búnkeres o blocaos se edificaron con cúpulas giratorias, puesto que estas requerían acero para las torres, y, como

consecuencia, el arco de fuego de los cañones era restringido. Fue tal la demanda de material y equipo que varios sectores de la antigua línea Maginot francesa y de las fortificaciones fronterizas alemanas (la línea Sigfrido) se utilizaron para la Muralla Atlántica. A finales de 1943, aunque aún faltaba mucho para su terminación, medio millón de hombres estaban trabajando en ella y las fortificaciones comenzaban a ser una amenaza real (p. 25).

La Wehrmacht se esforzaba por mantener un frente de unos 3.200 kilómetros contra los implacables ataque soviéticos. En Italia, anulada tras la invasión de Sicilia, seguían resistiendo miles de soldados. Debido a todo esto, en 1944 Hitler se vio obligado a reforzar sus guarniciones del oeste con un extraño conglomerado de reemplazos: viejos y jóvenes, restos de divisiones masacradas en el frente ruso, «voluntarios» reclutados en los países ocupados —unidades polacas, húngaras, checas, rumanas y yugoslavas, por citar sólo unas cuantas— e incluso dos divisiones rusas formadas por hombres que preferían luchar con los nazis a permanecer en los campos de prisioneros. Hitler también disponía de un fuerte núcleo de tropas avanzadas y blindados panzer. Para cuándo llegará el Día D, contaría en el frente occidental con un poderoso ejército o de 60 divisiones.

Von Rundstedt coincidía con Rommel, ya que no creía en las defensas fijas. Estaba seguro de que nada podía evitar que los primeros desembarcos se efectuarán con éxito. Su plan para derrocar la invasión consistían mantener grandes concentraciones de tropas detrás de la costa, para atacar después de que hubiesen desembarcado los aliados. Creía que el contrataque debía efectuarse cuando el enemigo fuera a un débil, no dispusiera de las adecuadas líneas de suministro y lucha se para montar cabezas de puente aisladas (p. 26).

Rommel estaba totalmente en desacuerdo con esa teoría. Consideraba que sólo había un medio de aplastar el ataque: hacerle frente desde el principio. No habría tiempo para traer refuerzos desde la retaguardia, puesto que serían destruidos por los continuos ataques aéreos, por la enorme carga naval o por el bombardeo de la artillería. En su opinión, todo, desde las tropas a las divisiones acorazadas de panzer, debía estar preparado en la línea de costa o inmediatamente detrás. Consideraba que las primeras 24 horas de la invasión resultaban decisivas. Tanto para los aliados como para Alemania. De aquí la expresión referida al Dia D cómo «el día más largo» (p. 27).

Hitler había aprobado el plan de Rommel, y desde entonces Von Rundstedt pasó a ser una mera figura decorativa (p. 27).

En el Cuartel General del 15º Ejército, situado cerca de la frontera belga, a 200 kilómetros de Normandía, un hombre se alegraba al ver amanecer el día 4 de junio. Era el teniente coronel Helmuth Meyer (p. 30).

En el búnker de las radios, Meyer escuchó personalmente la grabación: allí estaba el mensaje que les había anunciado Canaris (jefe del espionaje alemán). Se trataba del primer verso de la Canción de otoño de Paul Verlaine. Según la información de Canaris, este verso del poeta francés del siglo XIX se transmitiría el día primero o quince de un mes y sería la primera mitad del mensaje que anunciaría la invasión angloamericana.

La segunda parte sería el segundo verso del poema: Hieren mi corazón con una monótona languidez. Este segundo mensaje significaría, según Canaris, que la invasión comenzaría dentro de las 48 horas siguientes a contar desde las cero horas del día posterior a la retransmisión (p. 32).

Alfred Jodl, jefe de operaciones (en el OKW). Pero se quedó en su despacho, puesto que no dio la orden de alerta. Supuso que ya la había dado Rundstedt, quien a su vez pensó que esa orden se habría emitido desde el Cuartel General de Rommel. El 7º Ejército, que defendía la costa de Normandía, no tuvo conocimiento del mensaje, por lo que no se puso en estado de alerta. Rommel debió conocer el mensaje; pero resulta obvio que estaba tan convencido de las intenciones de los aliados que optó por rechazarlo (p. 32-33).

En el X23, un minisubmarino de diecisiete metros de largo, cinco ingleses especialmente seleccionados para la misión vivieron un momento de emoción y orgullo. Formaban la vanguardia británica: aquellos cinco hombres del X23 encabezaban el regreso a Francia de millares de compatriotas, que pronto o le seguirían.

La misión del X23 era particularmente arriesgada. 20 minutos antes de la Hora H, el minisubmarino y su gemelo, el X20 — situado un poco más lejos, a unas 20 millas, frente al pueblecito de Le Hamel—, emerger y Ana la superficie para actuar como marcas navales que indicarían con exactitud los límites extremos de la zona de asalto británico-canadiense: tres playas a las que se les había dado los nombres cifrados de Sword, Juno y Gold (p. 40-41).

Se trataría de la Operación Gambito (p. 43).

En el crucigrama del *Telegraph*, del 27 de mayo de 1944, apareció una definición que correspondía con la palabra que serían nombre clave del plan de invasión aliado: Overlord (jefe supremo, magnate, jefazo). En el crucigrama del dos de mayo, una solución era Utah (nombre en clave de una playa americana de desembarco). En el del 22 de mayo, una respuesta era Omaha (el nombre en clave de la otra playa americana). El 30 de mayo, la solución era mulberry (morera, el nombre clave de los puertos artificiales que iban a instalarse en las playas de Normandía). Y el 1 de junio, una solución fue Neptuno (el código usado para bautizar las operaciones navales de la invasión) (p. 45).

El Abwehr, el servicio de inteligencia alemán, había descubierto ya el significado secreto de Overlord. Uno de sus agentes, un albanés llamado Diello, conocido por el sobrenombre de Cicerón, había informado ya a Berlín en enero. La principio, Cicerón había identificado el plan como Overlock, pero después lo corrigió. Y Berlín confiaba en Cicerón, que trabajaba de mayordomo en la embajada británica en Turquía. No obstante, Cicerón no había logrado descubrir el gran secreto: el lugar y fecha del Día D (p. 46).

Desde su caravana, Eisenhower dirigía casi tres millones de tropas aliadas. Mazda la mitad de este inmenso contingente era estadounidense: aproximadamente un millón 1.700.000 soldados, marinos, aviadores y guardacostas. Las fuerzas británicas y canadienses sumaban un millón, y a ellas había que añadir combatientes franceses, polacos, checos, belgas, noruegos y neerlandeses (también españoles). Nunca hasta entonces un estadounidense había dirigido a

tantos hombres de tantas naciones, ni había llevado sobre sus hombros una responsabilidad tan grande (p. 48).

Para todo el mundo aliado aquello era algo más que una operación militar. Eisenhower la denominaba la «gran cruzada» para acabar de una vez y para siempre con la monstruosa tiranía que había asumido al mundo en la guerra más sangrienta, que había destrozado un continente y esclavizado a más de 300 millones de personas. (en aquel momento nadie podía imaginar el verdadero alcance de la barbarie nazi que había arrasado Europa: los millones de hombres y mujeres desaparecidos en las cámaras de gas y en los asépticos hornos crematorios de Heinrich Himmler, los millones de personas arrancadas de sus países y llevadas a trabajar como esclavos — un tremendo porcentaje de las cuales no regresaría jamás—, los millones de ciudadanos torturados hasta la muerte, ejecutados como rehenes o exterminados mediante el simple castigo del hambre). El inalterable propósito de la «gran cruzada» no era sólo ganar la guerra, sino también destruir el nazismo y terminar con una era de salvajismo sin parangón en la historia de la humanidad (p. 49).

Los aeródromos florecían por todos lados. Para la gran ofensiva aérea se llegaron a construir 163 bases, a las que había que sumar la veintena ya existente, hasta el punto de que un dicho muy extendido entre las tripulaciones de la 8ª y la 9ª Fuerza Aérea era que podían cubrir la longitud y anchura de la isla con sus aviones sin que se rozasen sus alas. Los puertos estaban atestados: en ellos comenzó a concentrarse una gran flota de casi 900 barcos, desde acorazados hasta lanchas torpederas. Llegaban tantos como hoy es que en primavera ya se habían descargado dos millones de toneladas de mercancías y suministros; incluso se tuvieron que montar 275 kilómetros de nuevas líneas de ferrocarril para transportarlos (p. 50).

En mayo, el sur de Inglaterra era ya lo más parecido a un enorme arsenal. Ocultarse los bosques se apilaban gigantescas montañas de munición. Aparcados en los páramos, parachoques contra parachoques, se agolpaban tanques, semiorugas, vehículos blindados, camiones, jeeps y ambulancias: había más de 50.000.

Sin embargo, el espectáculo más impresionante eran los valles abarrotados de largas hileras de material ferroviario: casi mil impecables locomotoras y cerca de 20000 vagones cisterna y de carga, que reemplazarían al destrozado equipo francés una vez que quedase establecida la cabeza de playa, es decir, la costa capturada por el enemigo.

Estos puertos, llamados *Mulberries*, consistían en un rompeolas exterior formado por grandes flotadores de acero, seguido de 145 enormes cajones de hormigón de varios tamaños, que debían hundirse hasta formar una escollera interior. El mayor de estos cajones disponía de un alojamiento para la tripulación y cañones antiaéreos y, mientras los remolca bang, parecía un edificio de apartamentos a punto de caer, una torre inclinada de cinco pisos. Dentro de estos puertos artificiales, cargueros tan grandes como los Liberty podían descargar su mercancía en las barcazas que iban y venían de las playas. Los barcos más pequeños, como los costeros o las lanchas de desembarco, podían depositar su carga en muelles de acero, donde esperaban los camiones para hacer el transporte hasta la línea de costa sobre muelles flotantes sostenidos con pontones. Más allá de los dos Mulberries había que hundir una línea de se sienta bloques de hormigón para construir una escollera adicional (p. 51-52).

Eisenhower se enfrentaba a un terrible dilema. El diecisiete de mayor había decidido que el día de tendría lugar en una de las tres jornadas de junio seleccionadas: el cinco, el seis o el siete. Los estudios metereológicos habían demostrado que, durante esos días, cabía esperar en Normandía dos de los requisitos vitales para la invasión: luna de salida tardía y, poco después del amanecer, marea baja.

Las divisiones aerotransportadas estadounidenses 101ª y 82ª y la 6ª división aerotransportada británica necesitaban la luz de la luna. Pero el éxito de su ataque por sorpresa dependía de la obscuridad hasta el momento en que llegasen a las zonas de lanzamiento. Por lo tanto, su mayor necesidad era esa luna tardía.

Por otro lado, los desembarcos debían realizarse cuando la marea fuera lo suficientemente baja uno para dejar al descubierto los obstáculos que había colocado Rommel en las playas (p. 53).

La otra alternativa era retrasar la operación hasta julio, pero ese largo plazo en viento «era una espera demasiado dura», como el propio Eisenhower reconocería después (p. 54).

En las ciudades y pueblos, miles de hombres y mujeres habían sido reclutados para trabajar obligados como esclavos. Y los que habían podido quedarse en sus casas no tenían más remedio que emplear parte de su tiempo en los batallones de trabajo de las guarniciones costeras. Sin embargo, los campesinos, felizmente independientes, no hacían más que lo absolutamente necesario. Vivían al día, odiando a los alemanes con tenacidad normanda y esperando estoicamente el día de su liberación (p. 66-67).

Con metódica minuciosidad, en Vierville, habían demolido la fila de hermosas casas de campo y villas de verano de color rosa, blanco y rojo que se extendían desde el paseo marítimo hasta la rocas: de las 90 edificaciones tan sólo habían dejado en pie siete. Los alemanes las habían demolido para aumentar el arco de tiro de su artillería y también porque querían utilizar la madera para revestir los búnkeres (p. 68).

Para la metódica mentalidad alemana, no podía haver excepción a esta regla; si el tiempo no era adecuado, los aliados no atacarían.

El día 6 de junio en el cumpleaños del General Erich Marcks, el comandante del 84º Cuerpo con cuartel en Saint-Lô (p. 73).

Resulta que los oficiales dependientes de Rommel abandonan el frente en la víspera de la batalla por diferentes razones (p. 74).

El alto mando alemán decidió trasladar fuera del alcance de las playas los escuadrones de combate de la Luftwaffe que quedaban en Francia. Los pilotos se quedaron atónitos.

La principal razón de la retirada iraquí los escuadrones se necesitaban para la defensa del Reich, que desde hacía meses estaba siendo objeto de ataques continuos de los bombarderos aliados, cada vez más intensos y a todas horas.

El día 4 de junio había tan sólo 183 aviones de combate en toda Francia (p. 75).

A pesar de estas precauciones, las medidas de represalia alemanas se habían hecho tan efectivas que, en maig de 1944, se estimaba que la expectativa de vida de un miembro activo de la resistència era inferior a seis meses (p. 77).

Dos mensajes desencadenarían estos ataques. Uno de ellos, «Hace calor en Suez», activaría el plan verde: el sabotaje de las vías y el material ferroviario. El otro, «Los dados están sobre la mesa», daría inicio al Plan Rojo: el corte de cables y líneas telefónicas.

Guillaume Mercader, el jefe del servicio de inteligencia en el sector costero Normandía comprendido entre Vierville y Port-en-Bessin (en la zona de la playa de Omaha), pollo el mensaje agachado junto a un aparato de radio en la bodega de su tienda de bicicletas en Bayeux (p. 78).

Albert Augé, jefe de estación de Caen, y sus hombres se encargarían de destruir las bombas de agua y destrozar los inyectores de vapor de las locomotoras. André Farine, dueño de un café de Lieu Fontaine, cerca de Isigny, debía estrangular las comunicaciones de Normandia; su equipo de 40 hombres cortaría los cables telefónicos que comunicaban con Cherbourg. A Yves Gresselin, que tenía una tienda de ultramarinos en Cherbourg, se le había encargado una de las misiones más difíciles: sus hombres debían dinamitar la línea férrea entre Cherbourg, Saint-Lô y París (p. 78-79).

En la ciudad costera de Grandcamp, cerca de la desembocadura del río Vire, casi medio de las playas de Omaha y Utah, el jefe de sector Jean Marion tenía que enviará Londres una información vital. Sus hombres le habían informado de la llegada de un nuevo grupo antiaéreo, a poco más de un kilómetro y medio de distancia. Aunque no lo sabía, los cañones cubría la ruta que, dentro de unas horas, tomaría los aviones y planeadores de las divisiones de paracaidistas 82ª y 101ª . Debía enviar dicha información al cuartel General secreto de Léonard Gille, jefe del servicio de inteligencia militar de Normandia, que residía en Caen. Además, Marion quería informar una vez más de que todavía no se habían instalado los cañones en Pointe du Hoc. A pesar de los frenéticos esfuerzos de Marion para avisar a Londres, el día de los Rangers perderían 135 hombres, de un total de 225, en su heroico ataque para silenciar unos cañones que nunca habían estado ahí (p. 79-80).

La formació de navilis que va arribar a les costes de Normandia tenia una amplitud de 30 quilòmetres. Las tripulaciones recordaría esta histórica armada como el espectáculo «más impresionante e inolvidable» que habían contemplado en su vida (p. 83).

Janine Boitard, la prometida de Gille, que había regresado a la Caen, esperaba con ansiedad la llegada del marqués. Durante sus tres años de servicio a la resistencia había escondido a más de 60 pilotos aliados en su minúsculo apartamento de la planta baja del número 15 de la calle Laplace.

Para Amélie Lechevalier el 6 de junio sólo tenía un significado: todo o nada. El 2 de junio la Gestapo la había detenido junto con su esposo, Louis. Habían ayudado a más de cien aviadores aliados, hasta que uno de los trabajadores de su granja los había delatado. Ahora, en su celda de la prisión de caen, Amélie estaba sentada la litera, preguntándose cuándo los ejecutarían (p. 81).

El ataque a través del canal, de Gordon Harrison, una historia militar oficial del Ejército de Estados Unidos, y la historia naval del almirante Samuel Eliot Morison, *Invasion of France and Germany* (p. 82).

Los menús especiales, a los que las tropas se referían como «la última cena», variaban según el barco, del mismo modo que variaba el apetito de cada hombre. En el *Charles Carroll*, el capitán Carrol B. Smith, de la 29 a División, se tomó un filete con huevos y, después, un helado. El segundo teniente Joseph Rosenblatt Jr., del 112º Batallón de Ingenieros, se comió siete raciones de pollo a la *King* (p. 86).

Philip Kieffer, uno de los pocos comandantes franceses, acurrucado entre sus mantas, se acordó de la plegaria de sir Jacob Astley durante la batalla de Edgehill, librada en Inglaterra en 1642. «¡Oh, Señor, ya sabes lo ocupado que estaré hoy! Si te olvido, no me olvides tu…» (p. 87).

Por razones que nunca han sido explicadas satisfactoriamente, nadie alertó o al 7º Ejército, aunque el teniente coronel Meyer, jefe del servicio de contraespionaje del 15º Ejército alemán, había captado una emisión la BBC a la Resistència francesa, el segundo verso del poema de Verlaine, por lo cual sabía que la invasión se realizaría en un plazo de 48 horas. La flota aliada tardaría poco más de cuatro horas en alcanzar las playas de Normandía; al cabo de tres horas, 18.000 paracaidistas se lanzarían a oscuras sobre campos y setos, en la zona defendida por uno de los ejércitos alemanes que no habían recibido la alerta del Día D (p. 88).

A Eisenhower, le preocupaba más la operación aerotransportadas que cualquier otra fase. Algunos de sus comandantes estaban convencidos de que el asalto de estas unidades se saldaría con más de 80% de bajas (p. 89). Finalmente, serían un 50%.

… - (V de Vitoria que morse) (p. 90).

La noche

Los exploradores habían saltado por toda la zona, algunos desde apenas cien metros de altitud. La misión de esta tropa de vanguardia, compuesta por un pequeño y valiente grupo de voluntarios, era señalar las «zonas de lanzamiento» a los paracaidistas y planeadores de las divisiones 82ª y 101ª; en un área de unos 80 km², situada en la península de Cherbourg, detrás de la playa Utah. Se habían entrenado en una escuela especial montada por el general de brigada James M. «Jumpin' Jim» Gavin, que les había dicho:

— Cuando desembarques en Normandía, sólo tendrá es un amigo: Dios (p. 95).

Werner Pluskat, desde su puesto de mando de Etreham, a unos seis kilómetros de la costa, dirigía cuatro baterías de la 352ª división alemana, con 20 cañones en total, que cubrían la mitad de la playa Omaha (p. 103).

Pluskat estaba muy preocupado: sus baterías sólo disponían de munición para 24 horas (p. 104).

Sólo habían tomado tierra 570 soldados aliados aerotransportados, pero era suficiente para crear una gran confusión en los puestos de mando del 7º Ejército.

¿Eran tripulantes de bombarderos derribados? ¿Se trataba de una serie de ataques de la resistencia francesa? (p. 105).

Había habido tantas falsas alarmas en el pasado que todo el mundo se mostraba extremadamente cauto.

En el cuartel general del 7º Ejército, en Le Mans, el comandante en jefe, el coronel general Friedrich Dollmann, se encontraba aún durmiendo. Presumiblemente debido a las condiciones meteorológicas, había cancelado un ejercicio de alerta ha programado para esa misma noche.

En Saint-Lô, en el Cuartel General del 84º Cuerpo, el siguiente nivel de mando por debajo del Cuartel General del ejército, todo estaba preparado para la fiesta sorpresa de cumpleaños del general Erich Marcks (p. 106).

[…] su general, que cumplía 53 años. […] desconocían que en ese momento, a 65 kilómetros de distancia, 4.255 paracaidistas británicos estaban tomando tierra en suelo francés (p. 107).

El plan requería que los paracaidistas dominarán las alturas al noroeste de Caen, controlar a los puentes sobre el Orne y el canal de Caen y destruyeran otros cinco más sobre el río Dives para impedir así que las fuerzas enemigas, especialmente las unidades de panzer, atacarán el flanco de la cabeza de puente de la invasión.

Debido al peso y el tamaño de los cañones, sólo había una manera de llevarlos con seguridad a Normandia: en planeador. A las 3.20 horas, una flota de 69 planeadores debía descender del cielo de Normandia cargada de hombres, vehículos, equipo pesado y los preciados cañones (antitanque con su la munición perforante).

Los paracaidistas primero debían proteger bien las zonas de aterrizaje de un ataque enemigo. Después tenían que montar una enorme pista de aterrizaje en los prados, que estaban llenos de obstáculos (p. 108).

También debían hacer algo más, tal vez la misión más crucial de la 6a División Aerotransportada: la destrucción de una enorme batería costera situada cerca de Merville (que protegía la playa Sword) (p. 109).

En el sur de Carentan estaba estacionada, una de las mejores y más duras unidades alemanas desplegadas en Normandía: el 6º Regimiento de Paracaidistas del barón Von der Heydte. Sin contar las unidades navales que fondea van frente a las baterías costeras, los contingentes antiaéreos de la Luftwaffe y una variedad de tropas situadas cerca de Cherbourg, los alemanes podía lanzar unos cuarenta mil hombres casi inmediatamente después de iniciarse un ataque aliado de cualquier tipo.

En la península, a los paracaidistas norteamericanos se hallaban en una inferioridad numérica de uno a tres (p. 121).

Los soldados de Taylor debían apoderarse de una batería de seis cañones emplazada en Saint-Martin-de-Varreville, casi directamente detrás de Utah, y luchar por controlar cuatro de los cinco caminos que salían desde allí, así como la aldea costera de Pouppeville. Al mismo tiempo, tenían que tomar o destruir todos los pasos y puentes sobre el Douve y el canal de

Carentan, especialmente la presa de La Barquette. Mientras las Águilas Aulladoras de la 101ª División aseguraban esos objetivos, los hombres de Ridgway debían controlar el talón y el lado izquierdo del pie, así como defender los puentes sobre el Douve y el Merderet, capturar Sainte-Mère-Église y conservar posiciones al norte de esa localidad para evitar que los alemanes contraatacaran en el flanco de la cabeza de puente.

Los hombres de las divisiones aerotransportadas tenían otra misión crucial: debían despejar de enemigos las zonas de aterrizaje de los planeadores, que llegarían con refuerzos antes del amanecer y por la tarde, al igual que habían hecho ya los británicos. Estaba previsto que la primera ola, compuesta por más de cien planeadores, aterrizará a las cuatro de la mañana (p. 122).

El teniente coronel Benjamin Vandervoort, de la 82a División, se había roto el tobillo a saltar, pero había decidido seguir luchando (John Wayne en la película El día más largo) (p. 129).

Los primeros invasores del día D — casi 18.000 estadounidenses, británicos y canadienses— estaban en los flancos del campo de batalla de Normandia (p. 129).

El primer informe oficial sobre el ataque aliado se refería a las acciones de la 6a División Aerotransportada alrededor de Bréville y Ranville. Llegó a las 2.11 horas.

Así, se dio crédito al boletín del servicio de inteligencia que había llegado la tarde anterior procedente de un agente de Casablanca. En él, el espía señalaba específicamente que la invasión tendría lugar en Normandía el seis de junio (p. 131).

Ningún informe mencionó la presencia de los estadounidenses en la península de Cherbourg; no obstante, en ese momento, una de las baterías navales de Saint-Marcouf, situada sobre la playa Utah, ya había comunicado al Cuartel General de Cherbourg la captura de doce norteamericanos. A los pocos minutos de su primer mensaje, la Luftwaffe emitió otro informe telefónico. Decía que habían caído paracaidistas cerca de Bayeux. Pero, en realidad, nadie había desembarcado allí.

El jefe del Estado Mayor (de Rommel, Speidel) dijo que existe la posibilidad de que los paracaidistas reportados en los informes sean simplemente tripulaciones de bombarderos derribados.

En ese momento, llegaban también noticias alarmantes desde las bases navales de Cherbourg (p. 133). Mediante el empleo de aparatos de dirección de sonido y algunos equipos de radar, estas estaciones habían captado maniobras de barcos en la bahía del Sena (p. 134). Sin embargo Pemsel it no logró convencer al jefe del Estado Mayor de Rommel.

La sección de operaciones del OB West sostiene que no se trata de una operación aerotransportada gran escala, y más teniendo en cuenta que el almirante de la costa del canal (el Cuartel General de Krancke) ha informado de que el enemigo ha lanzado muñecos de paja (p. 134).

Tal vez los ataques de los paracaidistas eran simplemente una maniobra de distracción para desviar la atención del verdadero lugar que se iba a invadir, el Paso de Calais, y el principal

objetivo, el enorme 15º Ejército o del general Von Salmuth. Esta era la creencia generalizada entre los alemanes (p. 135).

De las seis lanchas que tenían, sólo estaban preparadas tres, pero Hoffman no podía esperar a que las demás cargas en los torpedos. Minutos después, las tres salían del puerto de Le Havre. Hoffman, de 34 años, miraba el oscuro horizonte desde el puente del T-28, con su blanca gorra de marino echada hacia atrás, como era su costumbre. Tras el saltaban las otras dos torpederas, en fila India, siguiendo las maniobras de la lancha insignia. Navegaron en la noche a más de 23 nudos, dirigiéndose a ciegas hacia la mayor flota reunida hasta entonces. Al menos habían entrado en acción.

Posiblemente los soldados que se sintieron más desconcertados esa noche en Normandía fueron los 16.424 veteranos de la 21ª División Panzer, que en otro tiempo habían formado parte del famoso *Afrika Korps* de Rommel. Concentrados en los pequeños pueblos, aldeas y bosques de una zona que se extendía a la tan sólo 40 kilómetros al sureste de Caen, estos hombres se hallaban casi en el límite del campo de batalla; era la única división panzer —y la única formada por veteranos— cerca de la zona de aterrizaje de las fuerzas aerotransportadas británicas (p. 136).

A pesar de la confusión, vacilación e indecisión en el escalafón superior de mando, los soldados alemanes que entraron en contacto real con el enemigo reaccionaron con rapidez. Miles de ellos se encontraban ya en movimiento y, a diferencia de los generales del Grupo de Ejércitos B y del OB West, no tenían duda de que aquello era la invasión (p. 137-138).

En el cuartel general del 7º Ejército, el único de los oficiales que no estaba confundido era el general Pemsel.

El Grupo de Ejércitos B que no había considerado la situación lo suficientemente grave como para avisar al mariscal de campo Rommel (p. 138).

El general Pratt había fallecido en el acto, aplastado por los restos destrozados del morro del planeador. Fue el primer general de ambos bandos muerto el Día D (p. 140).

En las islas de Saint-Marcouf no encontraron ni hombres ni cañones (p. 143).

Otway it condujo a su maltrecho batallón fuera del sangriento escenario en que se había convertido Merville. No le habían dicho que retuviera la batería una vez inutilizados los cañones. Sus hombres tenían otras misiones en el Día D. Tomaron solamente 22 prisioneros. De los 200 alemanes, 178 habían muerto o o estaban agonizantes, y Otway había perdido casi la mitad de sus soldados: se intenta, entre fallecidos y heridos. Irónicamente, los cuatro cañones de la batería tenían sólo la mitad del tamaño previsto. Y al cabo de 48 horas los alemanes volverían a la batería, y los dos cañones que sólo habían sido inutilizados se repara harían y habrían de nuevo fuego sobre las playas. Pero al menos durante aquellas críticas horas el principio del Día D la batería de Merville permaneció silenciosa y desierta (p. 148).

Poco antes de las cinco de la mañana, el perseverante general de división Pemsel, del 7º Ejército, telefoneó al jefe del Estado Mayor de Rommel, el general de división Speidel, y le dijo, sin rodeos: «Los barcos se están concentrando entre las desembocaduras del Vire y del Orne,

de lo que se deduce que el desembarco enemigo y un ataque de gran escala contra Normandía son inminentes».

En su cuartel general del OB West, en las afueras de París, el mariscal de campo Von Rundstedt ya había llegado a una conclusión similar. Para él, el inminente asalto a Normandía todavía parecía una maniobra de distracción y no una verdadera invasión. Aun así, actuó con rapidez, ordenando que dos divisiones panzer —la 12ª de las SS y la *Panzer Lehr*, ambas en reserva cerca de París— se reunieran y se dirigieron rápidamente a la costa. En puridad, ambas divisiones estaban bajo el mando del Cuartel General de Hitler, el OKW, y no podían ser movilizadas sin el consentimiento explícito del Führer. Pero Von Rundstedt asumió el riesgo: esperaba que Hitler no pusiera objeciones ni anulara la orden (p. 150-151).

Pluskat, tan seguro como tranquilo, supo que «aquello era el fin de Alemania» (p. 153).

El día

La primera oleada ya estaba en camino a las playas. Sólo 3000 hombres encabezaban este enorme asalto o marítimo que tanto le había costado organizar al mundo libre.

Playa Omaha

Cinco minutos antes de la Hora H, exactamente a las 6.25, 32 tanques anfibios de la 29ª División avanzarían en el agua hasta Dog White y Dog Green y tomarían posiciones en la orilla para cubrir la primera fase del asalto. Justo a la Hora H (6.30), ocho LCT llevarían más tanques hasta desembarcar los directamente desde el mar en Easy Green y Dog Red. Un minuto después (6.31), las tropas de asalto ya debían pisar la arena de todos los sectores. Dos minutos más tarde (6.33), actuarían los ingenieros de demolición submarina, cuya difícil misión era abrir caminos de 50 metros a través de las minas y las barreras de obstáculos. Tenían sólo 27 minutos para culminar esta delicada tarea. A partir de las 7.00, y a intervalos de seis minutos, comenzarían a desembarcar las cinco oleadas de asalto, el hueso principal de las tropas (p. 161-162).

Las torpederas alemanas hunden el destructor noruego Svenner (p. 163).

Los enormes acorazados Texas y Arkansas, que entre ambos disponían de diez cañones de 335 mm, una docena de 300 mm y otra más de doce de 127 milímetros dispararon 600 proyectiles sobre la batería costera instalada en la cima de Pointe du Hoc (p. 165).

Incapaces de ver más allá de la espesa capa de nubes y no dispuestos a correr el riesgo de bombardear a sus propias tropas, los 329 bombarderos asignados a la zona Omaha, decidieron descargar sus 13.000 bombas a unos cinco kilómetros de sus objetivos, los mortíferos cañones de la playa Omaha (p. 166).

Había ocho búnkeres de hormigón con cañones de 75 mm o de mayor calibre; 35 blocaos con artillería de varios tamaños o armas automáticas; cuatro baterías; xviii cañones antitanques; seis nidos de morteros; 35 plataformas de lanzacohetes, cada una con tubos de 38 milímetros; y no menos de 85 nidos de ametralladoras (p. 166).

Varias lanchas de desembarco comenzaron a hundirse frente a las playas, diez en Omaha y siete en Utah. Algunos hombres pudieron ser evacuados a los botes de salvamento que iban detrás, pero otros se mantuvieron a flote durante horas antes de ser rescatados. Varios soldados, cuyos gritos pasaron inadvertidos, se vieron arrastrados a fondo por el peso del equipo y de la munición que llevaban. Se ahogaron cuando las playas ya estaban a la vista, sin haber disparado un solo tiro (p. 170).

Casi la mitad de los tanques anfibios del 741º Batallón destinados a apoyar el asalto de las tropas se había hundido. Uno tras otro, los 27 tanques se fueron uniendo. Los envites de las olas rompieron los soportes de las lonas de los flotadores, haciendo que los motores se inundarán enseguida.

Dos tanques, estropeados y prácticamente inundados, continuaron hacia la orilla. Los tripulantes de otros tres tuvieron la suerte de que la rampa de lanzamiento de la embarcación que los transportaba se quedó atascada, sin poder lanzar los tanques al mar; los depositarían más tarde directamente en la orilla. Los 32 tanques restantes, que debían llegar a la mitad de la playa de la 29ª División, permanecieron intactos. Los oficiales encargados de las barcazas que los transportaban, abrumados por el desastre del que habían sido testigos, fueron más listos y decidieron llevar directamente la fuerza a la playa (p. 172).

Las barcazas de asalto avanzaban entre las olas de más de un metro y medio de altura y el gran bombardeo aliado empezó a aumentar, desplazando su furia — que hasta entonces había cebado en la playa— hacia objetivos situados tierra adentro. Cuando las primeras lanchas estaban apenas a 400 metros de la orilla, los cañones alemanes — los mismos cañones que todos creían destruidos tras el intenso bombardeo aéreo y naval aliado— abrieron fuego (p. 173-174).

Torpes y lentas, las lanchas avanzaban tan poco que estaban prácticamente inmóvil es sobre el agua, convirtiéndose en blancos fáciles.

Algunas barcas, incapaces de abrirse camino entre laberinto de obstáculos y las ráfagas desde los acantilados, se desviaron y vagaron sin rumbo a lo largo de la Platja, buscando un lugar menos defendido para desembarcar (p. 174).

A lo largo de la playa Omaha, el descenso de las rampas pareció ser la señal esperada por los alemanes para reiniciar un fuego de ametralladora más concentrado, y de nuevo, los sectores más castigados fueron Dog Green y Fox Green.

Tenían un único objetivo en mente: salir de la orilla, cruzar unos 180 metros de arena sembrada de obstáculos, subir el pedregal que ascendía gradualmente y después correr a protegerse tras el dudoso refugio de un espigón (p. 175).

(escena inicial de Salvar al soldado Ryan)

En los primeros minutos de la carnicería de Dog Green una compañía completa quedó fuera de combate. Menos de una tercera parte de los hombres sobrevivieron al sangriento escenario en que se convirtió la distancia entre las lanchas y la orilla. Todos los oficiales murieron, cayeron heridos de gravedad o desaparecieron, y los soldados, sin armas y conmocionados,

permanecieron acurrucados a los pies de los acantilados durante todo el día. Otra compañía del mismo sector sufrió pérdidas aún mayores. A la Compañía C del 2º Batallón de Rangers le habían ordenado destruir los puntos defensivos del enemigo en Pointe de la Percée, ligeramente al oeste de Vierville. Los Rangers desembarcaron en la primera oleada, con dos barcas de asalto, en el sector Dog Green. Fueron aniquilados. El fuego de artillería hundió casi inmediatamente la primera lancha y doce hombres fallecieron en el acto. En el momento en que bajaron la rampa de la segunda barca, las ametralladoras barrieron a los Rangers, matando o hiriendo a quince más. El resto escapó hacia los acantilados. Los hombres cayeron uno tras otro. Cuando el capitán Ralph E. Goranson, jefe de la compañía, logró llegar a la base del acantilado, sólo le quedaban poco más de la mitad de los sesenta Rangers que formaban su equipo. Al anochecer, esos 35 supervivientes habrían quedado reducidos a doce (p. 176-177).

Al final del día las bajas suponían casi el 50% de los hombres.

A las 7.00 horas, la segunda oleada de tropas llegó a la caótica playa Omaha (p. 178).

En mitad del caos, la confusión y la muerte llegó la tercera oleada, que se detuvo de inmediato. Poco después llegó la cuarta, que también se quedó paralizada. Inmovilizados por el fuego enemigo que esperaban encontrar ya neutralizado, confusos por haber desembarcado en sectores erróneos, desconcertados por la ausencia de los cráteres-refugio que debían haber creado las bombas aliadas, y conmocionados por la devastación y muerte que lo rodeaba, los soldados recién llegados se quedaron petrificados (p. 179).

Playa Utah

Las dieciséis kilómetros, los hombres de la 4a División desembarcaron en la orilla y corrieron enseguida hacia la arena. Se acercaba la tercera oleada y los soldados seguían sin encontrar apenas resistencia.

Al cabo de una hora habían despejado toda la playa.

Los carros de combate habían salido del agua en las primeras oleadas, para brindar un apoyo inestimable a las tropas que cruzaban la playa. La presencia de estos tanques y el bombardeo anterior al asalto parecían haber destrozado y desmoralizado a las tropas alemanas que defendían las posiciones detrás de esta playa. Aun así, el asalto o no estuvo exento de sufrimiento y muerte (p. 180).

El general de brigada Theodore Roosevelt fue el único general que desembarco con la primera oleada de tropas (p. 181).

A partir de ese momento, iban a desembarcar xxx mil hombres y 3500 vehículos, en oleadas consecutivas, con pocos minutos de diferencia. Ruth del tenía que decidir si conducía las sucesivas oleadas a esa nueva zona relativamente tranquila, que contaba con un único camino de salida, o sea las desviaba como estaba en el plan hacia la playa Utah, que disponía de dos. Si no se conseguía abrir y retener la única salida, los hombres y vehículos se quedarían atrapados y confundidos en la playa.

Todo dependía de avanzar lo más rápido posible antes de que el enemigo se recuperará del efecto sorpresa de los desembarcos.

Finalmente, Roosevelt avisó a la Marina para que desembarcaran a los demás en su posición. Y pronunció la expresión que se haría popular: «Vamos a comenzar la guerra desde aquí» (p. 182).

El destructor Corry había estado disparando una media de ocho proyectiles de 127 milímetros por minuto. Una de las baterías alemanas ya no volvería a molestar a nadie; el Corry la había destruido con 110 certeros cañonazos.

Para proteger al grupo de bombardeo naval que daba cobertura los desembarcos — el llamado «apoyo cercano costero»—, se les habían asignado aviones lanzadores de humo (p. 183).

El Corry chocó de lleno contra una mina sumergida. Fue la única pérdida material importante de la Marina de Estados Unidos durante el Día D. De los 294 hombres que componían la tripulación, trece murieron o desaparecieron y 33 resultaron heridos (p. 184).

Pointe du Hoc

El tercer ataque estadounidense lo realizaron tres compañías de Rangers del teniente coronel James E. Rudder. Las nueve LCA que transportaban a los 225 hombres del 2º Batallón de Rangers se agruparon a lo largo de la estrecha franja de arena que corría bajo un saliente del acantilado. Desde altamar, el destructor inglés Talybont y el estadounidense Saterlee descargaban un proyectil tras otro sobre la cima del acantilado.

Se suponía que los Rangers desembarcarían en la base del acantilado a la Hora H. Pero el barco guía se había desviado, conduciendo a la flotilla hacia la Pointe de la Percée, unos cinco kilómetros al este. Rudder se percató del error, pero cuando intento corregirlo haciendo que las lanchas de asalto dieran la vuelta, se dio cuenta de que había malgastado un preciado tiempo. El retraso implicaría a prescindir de la ayuda de 500 Rangers: el resto del 2º Batallón y del 5º del teniente coronel Max Scheneider (p. 185).

Frente a Pointe du Hoc, dos vehículos anfibios DUKW, con largas escaleras cedidas por el Cuerpo de Bomberos de Londres, maniobraban para acercarse. Encaramados en las escalas de cuerdas, los Rangers disparaban sus fusiles automáticos Browning y sus pistolas Tommy contra los promontorios (p. 186).

El sargento Herman Stein, que subía por otra escala, estaba casi en la cima cuando se le hinchó por accidente el chaleco salvavidas — al que llamaban *Mae West*— (p. 187).

Al final del día, tan sólo seguirían en combate 90 hombres, de los 225 del inicio (p. 188).

Playa Sword, Gold

Mientras las tropas se dirigían hacia las playas, el altavoz de una lancha de rescate de la playa Sword emitió «Roll Out the Barrel. Desde una barca cargada de lanzacohetes en la playa Gold, llegaron los acordes de «We Don’t Know Where We’re Going» (p. 189).

En una lancha de desembarco asignada a la playa Sword, el comandante C. K. «Banger»King recitó un fragmento de *Enrique V*, tal como había prometido a su tropa. Entre el rugido de los motores diésel, el silbido de las bombas y el ruido de las balas, sólo por el altavoz: «Y los caballeros de Inglaterra que ahora estén en la cama/ se considerarán malditos por no estar aquí…» (p. 190).

Mientras Millin se dirigía hacia la orilla, Lovat le gritó: —¡Tócanos «Highland Laddie», hombre! Los hombres pasaban a su lado corriendo, en medio de los silbidos de las balas, que se mezclaban con las notas de la gaita de Millin, que interpretaba «The Road to the Isles».

Los británicos desembarcaron a lo largo de las playas Sword, Juno y Gold: más de 30 kilómetros, desde Ouistreham, cerca de la desembocadura del Orne, hasta la localidad de Le Hamel, al oeste. La costa estaba repleta de lanchas de desembarco que descargaban oleadas de soldados, y prácticamente durante todo el asalto, el estado del mar y los obstáculos submarinos supusieron más dificultades que el propio enemigo.

Los primeros en llegar fueron los hombres rana: 120 expertos en demolición submarina cuyo trabajo consistía en abrir brechas de 30 metros entre los obstáculos. Tenían solamente 20 minutos para realizar su tarea, antes de que las primeras oleadas les pasaran por encima.

Aún no habían acabado cuando los tanques anfibios comenzaron a pasar entre ellos, seguidos de inmediatos por la primera oleada de soldados (p. 191).

Playa Gold

Una tras otra, las lanchas fueron quedando atrapadas entre los obstáculos. De las dieciséis que transportaban los comandos del 47º Comando de la Real Infantería de Marina, cuatro se perdieron, once sufrieron grandes daños tras quedarse en calladas y solamente una regreso al barco nodriza (p. 192).

En la mitad occidental de la playa, los hombres del 1r Regimiento de Hampshire fueron prácticamente diezmados mientras avanzaban en el agua, que, según el lugar, tenían o profundidad de entre uno y dos metros: sobre ellos se ensañaron las ráfagas de ametralladora y mortero disparadas desde el pueblo de Le Hamel, un bastión ocupado por la potente 352ª División alemana (p. 193).

Los de Hampshire tardarían casi ocho horas en derribar las defensas de Le Hamel, y al final del Día D sus bajas ascenderían a un total de 200 hombres.

A la izquierda de Hampshire, los hombres del 1r Regimiento de Dorset salieron de la playa en 40 minutos. Cerca de ellos, los Green Howards — el Regimiento de Yorkshire— desembarcaron con tal rapidez y determinación que avanzaron tierra adentro y capturaron su primer objetivo en apenas una hora. El sargento mayor Stanley Hollis, que ya había liquidado para entonces a 90 alemanes, llegó a la orilla y él solo capturó enseguida un blocao, sin necesidad de ayuda. Usando granadas y su pistola Sten, el enérgico Hollis mató a otros dos y capturó a 20 prisioneros. Y eso sólo fue por la mañana: al final del día había acabado con diez alemanes más.

La playa situada a la derecha de Le Hamel estaba tan tranquila que algunos hombres se sintieron decepcionados.

Para el infante de marina Denis Lovell, el desembarco se desarrolló «como un ejercicio cualquiera de los realizados en casa». Su unidad, que pertenecía al 47º Comando de la Real Infantería de Marina, se alejó velozmente de la playa, evitando todo contacto con el enemigo, giro hacia el oeste y emprendió una marcha forzada de once kilómetros para unirse a los estadounidenses cerca de Port-en-Bessin. Esperaban ver a los primeros yanquis en la playa Omaha a mediodía.

Sin embargo, no fue así: a diferencia de los estadounidenses de Omaha, que se hallaban inmovilizados por la potente 352ª División alemana, los británicos y canadienses fueron enemigos demasiado poderosos para la cansada e inferior 716ª División, formada por «voluntarios» rusos y polacos. Además, los británicos hicieron amplio uso de los tanques anfibios y de los vehículos acorazados que actuaron en cadena, de manera coordinada (p. 194-195).

Estos inventos, unidos a largo periodo de bombardeos en las playas de los británicos, dieron una protección adicional a las tropas asaltantes.

Playa Juno

En cuanto atravesaron estas defensas (los obstáculos de la playa), las tropas se toparon de frente con una resistencia enemiga localizada pero irregular: en algunos sectores era cero, en otros parecía débil y en unos pocos incluso inexistente (p. 193).

Aun así, hubo algunos focos de gran resistencia. En mitad de la playa Juno, la tercera división canadiense luchó entre fortines y trincheras, adentrándose en casas fortificadas y en las calles de la ciudad de Courseulles, antes de abrirse paso hacia el interior. Pero toda resistencia había quedado sofocada en apenas dos horas (p. 195).

El jefe de playa, el capitán Colin Maud, no permitía que hubiese holgazanes en Juno. Maud llevaba una porra en una mano y con la otra sujetaba un perro alsaciano de aspecto feroz.

Los corresponsales de la playa Juno no pudieron enviar sus crónicas hasta que a Ronald Clark, de United Press, llegó con dos cestas de palomas mensajeras (p. 196).

Los canadienses sufrieron grandes bajas. De las tres playas británicas, la suya fue la más sangrienta. El mar embravecido retraso los desembarcos. Las afiladas rocas que se ocultaban bajo el agua de la mitad oriental y las barricadas de obstáculos hicieron estragos en las lanchas de asalto. Y, lo que es aún peor, el bombardeo aéreo y naval no consiguió destruir en su totalidad las defensas costeras, por lo que en algunos sectores las tropas desembarcaron sin la protección de los tanques. Los hombres de la 8ª Brigada canadiense y del 48º Comando fueron sometidos a un intenso fuego frente a las ciudades de Bernières y Saint-Aubint. La mitad de los hombres una compañía cayeron mientras corrían por la arena. El fuego de artillería desde Saint-Abin fue tan concentrado que produjo un tremendo desastre.

Aunque la lucha fue encarnizada, los canadienses y los comandos salieron de las playas en menos de 30 minutos; después avanzaron tierra adentro. Las siguientes oleadas lo tuvieron más fácil, y al cabo de una hora las playas estaban tranquilas.

Detrás de las playas, las tropas de ocupación a un lucharían en combates callejeros durante dos horas más.

Los hombres del 48º Comando se abrieron paso a través de Saint-Aubin, giraron hacia el este y siguieron la línea de la costa. Debían cumplir una misión especialmente delicada. Juno se extendía a once kilómetros de la playa Sword. Para cerrar esa brecha y unir las dos playas, tenían que ir a marchas forzadas hacia Sword. Otro comando, el 41º, un tenía que desembarcar en Lion-sur-Mer, en el límite de la playa Sword, girar a la derecha y encaminarse hacia el oeste. Se esperaba que ambas fuerzas se reunieran tras unas pocas horas en el punto situado aproximadamente a medio camino entre las dos cabezas de playa. Este era el plan, pero los comandos se toparon con dificultades casi al mismo tiempo. En Langrune, a un kilómetro y medio al este de Juno, los hombres del 48º Comando tuvieron que detenerse en el área fortificada de la ciudad. Cada casa era una fortaleza que desafiaba su avance. Minas, alambradas de espino y barreras de hormigón — algunas de casi dos metros de altura y metro y medio de grosor— cerraba las calles. Desde estas posiciones, un intenso tiroteo recibió los invasores. Así que los hombres del 48º, sin tanques ni artillería, tuvieron que detenerse en seco (p. 197-198).

En Sword, a nueve kilómetros y medio de distancia, el 41º, después de un difícil desembarco, giro al oeste y se dirigió a Lion-sur-Mer. Los franceses les habían dicho que la guarnición alemana ya se había retirado; y la información parecía correcta hasta que los comandos llegaron a las afueras de la ciudad. Allí, la artillería puso fuera de combate a tres de los tanques de apoyo. Los disparos de las ametralladoras y de los francotiradores llegaban desde villas de aspecto inocente que habían sido convertidas en fortines, desde los que se lanzó una lluvia de proyectiles de mortero sobre los comandos. Al igual que sus compañeros del 48º, los del 41º también tuvieron que detenerse.

Playa Sword

Lion-sur-Mer fue uno de los escasos lugares que plantearon realmente problemas en Sword (p. 198).

En algunos sectores, la primera oleada de tropas fue fuertemente ametrallada. En el sector de Ouistreham había soldados del 2º Regimiento de East York muertos o agonizantes, desde la orilla hasta el límite de la playa. Aunque no se sabe el número exacto de pérdidas de esta carrera sangrienta, parece probable que los East York sufriera la mayoría de las 200 bajas del Día D en los primeros minutos.

Aunque sangrienta, la lucha en esta playa fue breve. Siempre habrá diferencias de opinión sobre cómo se produjo la lucha de la playa Sword. Los hombres del regimiento East York no estuvieron de acuerdo con la versión que se ha dado de su desembarco, al que se calificó «como una maniobra de entrenamiento, aunque más fácil». Los soldados del 4º Comando dicen que cuando desembarcaron a la Hora H más 30 minutos encontraron a los East York aún

en la orilla. Según el brigadier E. E. Cass, al mando de la 8ª Brigada que asaltó Sword, los East York estaban ya fuera de la playa cuando desembarcó el 4º Comando. Se calcula que estos últimos perdieron 30 hombres al desembarcar. Cass dice que en la mitad occidental de la playa la resistencia estaba prácticamente vencida a las 8:30, salvo por francotiradores aislados. Los hombres del 1r Regimiento de South Lancashire apenas tuvieron bajas y avanzaron enseguida hacia el interior. El 1º de Suffolk, que iba detrás, sufrió tan sólo cuatro bajas.

En muchos lugares próximos a la playa Sword se respiraba incluso el ambiente festivo de un día libre. Por todos lados, pequeños grupos de franceses eufóricos saludaban a las tropas gritando: «Vive les Anglais!» (p. 199-200).

Des de Gold las tropas se enfilaron hacia la ciudad catedralicia de Bayeux, a unos once kilómetros hacia el interior. Desde Juno, los canadienses se dirigieron a la carretera de Bayeux a Caen y el aeropuerto de Carpiquet, a unos dieciséis kilómetros de distancia. Y desde Sword, los británicos partieron hacia Caen.

Los comandos de lord Lovat no perdieron tiempo al abandonar el área de Sword. Iban a socorrer a las asediadas tropas de la 6a División Aerotransportada del general Gale que defendían el Orne y los puentes de Caen, a seis kilómetros y medio de distancia. «Shimy» Lovat le había prometido a Gale que llegaría allí puntualmente a mediodía. Detrás del tanque que encabezaba la columna de lord Lovat, el gaitero Bill Millin tocaba «Blue Bonnets over the Borders» (p. 201).

Romana había caído 24 horas antes (p. 202).

La ofensiva soviética de verano empezaría de un momento a otro, por lo que los alemanes habían colocado 200 divisiones — más de un millón y medio de hombres— a lo largo de un frente de más de tres mil kilómetros, como precaución.

El ayudante de Jodl le había entregado varios informes del cuartel General de Von Rundstedt sobre un ataque de los aliados en Normandía. Pero el jefe de operaciones del OKW no creyó que la situación fuera grave, al menos por el momento. Su mayor preocupación en esos instantes era Italia (p. 203).

Al general Warlimont le impactó o la interpretación que hizo Jodl de la orden de Hitler sobre el control de las divisiones panzer.

En el OB West, a las afueras de París, la decisión de Jodl provocó sorpresa e incredulidad. El teniente general Bodo Zimmermann, jefe de operaciones, recordaría que Von Rundstedt estaba «furioso, le hervía la sangre, y su ira hacía ininteligibles sus palabras» (p. 204).

Von Rundstedt, como mariscal de campo estaba autorizado a llamar directamente a Hitler y, de haberlo hecho, probablemente las unidades panzer hubiesen sido movilizadas de inmediato. Pero no le telefoneó, ni en ese momento ni en ningún otro del Día D. Ni siquiera la extraordinaria importancia de la invasión logró que el aristocrático Von Rundstedt realizara esa petición al hombre a quien solía referirse a menudo como «ese cabo de bohemia».

Hitler estaba tan convencido de que la verdadera invasión tendría lugar en la zona del Paso de Calais que mantuvo el 15º Ejército de Von Salmuth en sus posiciones hasta el 24 de julio (p. 205).

En el cuartel general de Rommel, en La Roche-Guyon, el jefe del estado mayor, general de división Speidel, aún no tenía conocimiento de la decisión de Jodl. Suponía que las dos divisiones panzer habían sido puestas en estado de alerta y que estarían ya de camino.

Así pues, en el cuartel general reinaba un claro aire de optimismo. El coronel Leodegard Freyberg recordaría que «la impresión general era que los aliados serían empujados de nuevo hacia el mar al finalizar el día».

Parecía haber mayor razón para el optimismo en el Cuartel General del 7º Ejército, que era el que en realidad estaba tratando de frenar el ataque aliado. Sus oficiales creía que la 352ª División estaba repeliendo a los invasores en la playa Omaha (p. 206).

El comandante del 15º Ejército o, el general Von Salmuth, sugirió el envío de su 346ª División de Infantería para ayudar al 7º, éste rechazó activamente el ofrecimiento.

El jefe de Estado Mayor del 7º Ejército, el general Pemsel, aún trataba de obtener una idea más precisa de la situación. Era difícil, ya que prácticamente estaban incomunicados. De alguna manera, la resistencia francesa había conseguido cortar o destruir los cables, o tal vez habían sido los paracaidistas o el bombardeo naval y aéreo. Pemsel informó al Cuartel General de Rommel:

— Estoy haciendo frente al combate tal como debió hacerlo Guillermo el Conquistador: solamente con la vista y el oído.

En realidad, Pemsel no tenían idea de hasta qué punto su información era escasa. Creía que a la península de Cherbourg habían llegado solamente los paracaidistas. En ese momento, todavía no sabía que también se habían realizado desembarcos navales en la costa este de la península, en la playa Utah.

Aunque le resultaba difícil definir los límites geográficos exactos del ataque, estaba seguro de una cosa: el asalto a Normandía era la invasión esperada. Continuó insistiendo sobre este punto a sus superiores en los cuarteles generales de Rommel y Von Rundstedt, pero su opinión no fue compartida, salvo por una minoría (p. 207).

En la playa Sword, Philippe Kieffer, comandante de las tropas francesas, vio tan cerca los dos aviones que se lanzó al suelo para ponerse a cubierto. Seis prisioneros alemanes aprovecharon la confusión del momento para intentar escapar. Los hombres de Kieffer los acribillaron a tiros. En la playa Juno, el soldado Robert Rogge, de la 8a Brigada de Infantería canadiense, oyó el zumbido de los aviones y los «vio pasar tan bajos que pude ver claramente las caras de los dos pilotos». También Rogge se tiró al suelo como los demás, pero le sorprendió ver que un soldado «seguía allí, tranquilamente de pie, sin dejar de disparar su Sten». En el límite oriental de la playa Omaha, el teniente William J. Eisenman, de la Marina de Estados Unidos, resopló cuando los dos FW-109 descendieron a menos de quince metros para esquivar el bombardeo. Desde el HMS Dunbar, el jefe de los fogoneros, Robert Dowie, observó como todos los cañones

antiaéreos de la flota abrían fuego sobre Priller y Wodarczyk. Los dos cazas salieron ilesos, giraron en dirección a tierra y se adentraron en las nubes (p. 219).

En los alrededores de Sainte-Mère-Église, que sufría un intenso bombardeo, los paracaidistas de la 82ª División vieron a los agricultores trabajando tranquilamente en los campos, como si no ocurriese nada. De vez en cuando veían como uno de ellos se desplomaba, herido o tal vez muerto (p. 220).

En la ciudad catedralicia de Bayeux, a unos 25 kilómetros de distancia, Guillaume Mercader, jefe de inteligencia de la resistència francesa en la playa Omaha, estaba junto a su esposa, Madeleine, en la ventana de su cuarto de estar. A Mercader le costaba contener las lágrimas. Después de cuatro años terribles, el cuerpo de tropas alemanas acantonadas en la ciudad por fin se marchaba.

Todo el mundo en Bayeux parecía tener la misma sensación. Aunque los alemanes habían puesto carteles en los que ordenaban a la población que permanecían en sus casas, la gente se había reunido en el claustro de la catedral para conocer todos los datos de la invasión que hi va narrando uno de los sacerdotes que, desde su posición privilegiada del campanario, podía ver claramente las playas. Con las manos puestas alrededor de la boca, como si fuera un altavoz, el cura informaba al instante de todo lo que veía (p. 221).

Léonard Gille, jefe de la inteligencia militar de Normandia, tenía su prometida en Caen. Janine Boitard se movilizó en cuanto tuvo conocimiento de la noticia. A las siete de la mañana despertó a los dos pilotos británicos que tenía escondidos (p. 223).

En la prisión de Caen 92 prisioneros fueron ejecutados, de los cuales tan sólo 40 eran miembros de la resistència francesa (p. 224).

Hitler estaba convencido de que no se trataba de la invasión definitiva.

El tema del traslado de las divisiones panzer, que Von Rundstedt necesitaba con urgencia, ni siquiera se mencionó.

El general Speidel llamó a Rommel «Alrededor de las seis de la mañana, a través de una línea privada». Lo mismo asegura en su libro *Invasión 1944* (p. 230).

Roosevelt recibió la Medalla de Honor por su actuación en la playa Utah. El 12 de julio, el general Eisenhower confirmó su nombramiento como comandante de la 90ª División. Pero Roosevelt no llegó a conocer su ascenso, porque murió esa misma tarde de un ataque al corazón (p. 231).

La 4a División avanzaba hacia el interior de este la playa Utah. Sus pérdidas en el día de fueron escasas: 197 bajas, de las cuales sesenta se produjeron en el mar. En las próximas semanas les esperaban combates terribles, pero éste era un gran día. Al anochecer, ya habían desembarcado 22.000 hombres y 1.800 vehículos. La 4a División, junto con los paracaidistas, había asegurado la primera cabeza de playa estadounidense en Francia (p. 233).

El costo humano del desembarco en la playa Omaha se cifró en 2.500 víctimas, entre muertos, heridos y desaparecidos (p. 236).

La 21ª División Panzer no podía atravesar Caen. El coronel Hermann von Oppeln-Bronikowski, al mando del regimiento de tanques, pasó junto a la columna en un Volkswagen y entró en la ciudad, que estaba hecha en un absoluto desastre. Los bombarderos que la habían masacrado poco antes habían llevado a cabo un buen trabajo. Las calles estaban plagadas de escombros, y a Bronikowski le pareció «Que todos los habitantes de la ciudad estaban movilizando se, intentando salir de allí». Las carreteras estaban tan abarrotadas de hombres y mujeres en bicicleta que no había esperanza para los panzer: sencillamente, no tendrían espacio para pasar. Bronikowski decidió retroceder y dar un rodeo. Sabía que tardaría horas, pero no había otra posibilidad (p. 239-240).

El joven soldado de diecinueve años Walter Hermes conducía alegremente, guiando a la compañía de vanguardia del 192º Regimiento hacia la brecha de doce kilómetros que los británicos a uno había encerrado entre las playas Juno y Gold. Las divisiones panzer podían haber aprovechado ese hueco para dividir las playas de los británicos y comprometer todo el asalto aliado. Sin embargo, el coronel Bronikowski no tenía ni la menor idea de la existencia de esa brecha.

El OKW liberó las divisiones 12ª SS y Panzer Lehr. Eran las 15.40 horas, y ya era demasiado tarde. No existía ninguna posibilidad de que esos blindados alcanzaron el aria de invasión ese día crucial. La 12ª SS no llega ni a la cabeza de playa hasta la mañana del día 7 de junio. La Panzer Lehr, prácticamente diezmada por los continuos ataques aéreos, no lo conseguiría hasta el 9. La única posibilidad de detener el asalto aliado estaba en manos de la 21ª División Panzer (p. 240).

Al norte de Caen, Bronikowski y orden de atacar. Envió 35 tanques, comandados por el capitán Wilhelm von Gottberg, a capturar las alturas de Périers, situadas a seis kilómetros y medio de la costa. El propio Bronikowski intentaría llegar hasta el cerro de Biéville, a poco más de tres kilómetros de distancia, con otros 25 blindados (p. 241).

Uno tras otro, los tanques Mark IV cayeron destruidos. En menos de quince minutos perdió seis. Nunca había visto una potencia de fuego parecida. Bronikowski se dio cuenta de que no podía hacer nada contra ellos, así que detuvo el ataque y ordenó la retirada (p. 242).

Los británicos, que ocupaban ya las alturas de Périers, detuvieron a los 35 tanques de Gottberg antes de que las panzer llegarán a estar en posición de tiro. En cuestión de minutos, Gottberg perdió diez tanques. El retraso en las órdenes y el tiempo perdido tratando de sortear Caen proporcionaron a los ingleses la oportunidad de consolidar plenamente en las alturas sus posiciones estratégicas. Gottberg no tuvo reparos en maldecir a toda la cúpula de Hitler. Después, retrocedió hasta el borde de un bosque situado cerca del pueblo de Lebissey. Allí, ordenó a sus hombres que cargarán pollos para enterrar los tanques, dejando únicamente al descubierto las torretas. Estaba seguro de que los británicos marcharían hacia Caen al cabo de unas horas.

A por su parte, en Biéville, Bronikowski también había enterrado sus tanques. Desde un lado de la carretera observó como varios «Oficiales alemanes, con 20 o 30 hombres cada uno, regresaban del frente y se retiraban hacia Caen». Bronikowski no entendía por qué los británicos no atacaban (p. 243).

Bronikowski y sus tanques mantuvieron allí su posición durante más de seis semanas, hasta que finalmente cayó Caen (p. 244).

Nota sobre bajas (6-7 de juny, 24 h)

En general, la mayoría de los historiadores militares coinciden en que el total de bajas aliadas fue de 10.000; algunos sobre la cifra hasta 12.000.

Las bajas estadounidenses se calculan en 6.603: 1465 muertos, 3184 heridos, 1928 desaparecidos y 26 prisioneros. Las pérdidas de las divisiones aerotransportadas 82ª y 101ª subieron al 2499 bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos.

Los canadienses sufrieron 946 bajas, de las que 335 fueron víctimas mortales. Inicialmente, sobre los británicos se calculó que por lo menos tuvieron de 2500 a 3000 bajas entre muertos, heridos y desaparecidos, de las cuales se distintas 650 correspondieron a la 6a División Aerotransporta.

Nadie puede decir a ciencia cierta las bajas alemanas en el Día D. Según los oficiales alemanes de alta graduación entrevistados, las bajas oscilaban entre 4000 y 9000. A finales de junio, Rommel informó de que sus bajas durante aquel mes correspondían a 28 generales, 354 jefes y aproximadamente en 250.000 soldados (p. 247).